

R. HAIGHT, S.J., *Christian Community in History. Vol. I: Historical Ecclesiology* (Continuum, New York-London 2004), 438p., ISBN 0-8264-1360-6.

El autor de este ensayo eclesiológico, el jesuita norteamericano R. Haight profesor de teología sistemática en Weston (Cambridge, Massachusetts), es de sobra conocido a partir de sus obras más recientes: *Dynamics of Theology* (original de 1990; revisado en 2001) y *Jesus Symbol of God* (1999). Esta última acaba de ser traducida al castellano. Lo primero que hay que decir del libro que ahora presentamos es que se inscribe en ese mismo proyecto y viene a completar una trilogía que aborda la sustancia de la teología cristiana, Jesucristo y la Iglesia, elaborada sobre las premisas establecidas en el libro de 1990. En *Dynamics of Theology* se establecía la categoría de símbolo, con su estructura dialéctica, como forma de integrar la epistemología de la fe y de la revelación. Allí se estudiaba el tipo de lenguaje usado en teología, proponiendo un método crítico y hermenéutico para la interpretación de los símbolos clásicos de la revelación cristiana, de modo que sigan siendo significativos. En *Jesus Symbol of God* se aplicaba esta metodología mostrando cómo se puede entender la actividad salvadora de Jesucristo cuando se le considera como un símbolo, es decir, como el revelador que nos ha comunicado quién es Dios para los seres humanos. El mismo método encuentra su prolongación en este estudio de eclesiología histórica: siendo la cristología la teología sobre Jesús de Nazaret, la eclesiología consiste en la teología sobre la comunidad cristiana en la historia. O, dicho de otra manera: así como a la luz de la categoría de símbolo, Jesucristo es mediador de Dios, la Iglesia puede ser descrita como la comunidad que constituye, a modo de sacramento social, la prolongación de la obra salvífica de Jesucristo en la historia.

Sobre estos presupuestos hermenéuticos y metodológicos, el autor declara en la Introducción la naturaleza de este libro: se trata de un ensayo de naturaleza eclesiológica. No estamos ante una historia de la Iglesia, sino que este estudio se aproxima más a una historia de la eclesiología o de las ideas eclesiológicas. Con todo, el autor se propone expresamente hacer «eclesiología histórica», o «eclesiología desde abajo». Y subraya que la expresión *Historical Ecclesiology* encierra una paradoja, pues se trata de buscar el *logos* o la naturaleza esencial de una realidad social que es la Iglesia y cuya característica fundamental es precisamente el cambio y el desarrollo, la evolución y la adaptación continuas (p.17). En este sentido, Haight, sirviéndose de los criterios utilizados en la cristología, habla de una eclesiología «desde abajo» que toma distancia y quiere ser alternativa a ese otro tipo de reflexión —típica de los manuales previos al Vaticano II— que caracteriza como eclesiología «desde arriba». Esta *ecclesiology from below* presenta estas cuatro características: 1) adopta un método concreto, existencial e histórico; 2) hace una aproximación genética a la realidad que estudia, desde sus orígenes hasta el presente; 3) considera seriamente la situación social e histórica a la hora de comprender la realidad eclesial; 4) aplica una percepción teológica, es decir, siendo una disciplina teológica, no puede reducir sus conclusiones a los puros datos históricos o sociológicos (p.5-6).

Hay que hacer una última observación acerca de la índole propia de este ensayo. Bajo el título *Christian Community in History* se cobijan en realidad dos volúmenes:

éste, que comentamos y que lleva por título *Historical Ecclesiology*, es la primera parte de esta eclesiología desde abajo, que se verá completada con una segunda parte, *Comparative Ecclesiology*. En el fondo, esta división obedece a la misma periodización histórica, de manera que el primer volumen contempla la historia de la Iglesia desde sus orígenes hasta la crisis conciliar de finales de la edad media, mientras que el segundo volumen, cuya aparición está prevista para la primavera de 2005, quiere presentar las diversas eclesiologías del movimiento cristiano desde la reforma protestante hasta el presente. En consecuencia, este ensayo comprende seis capítulos. El primero es de contenido metodológico, y sobre él volveremos enseguida. Los otros cinco recorren las grandes etapas de la historia del movimiento cristiano: génesis de la Iglesia (cap.2); Iglesia pre-constantiniana (cap.3); Iglesia post-constantiniana, 300-600 (cap.4); la reforma gregoriana y la nueva Iglesia medieval (cap.5); el conciliarismo y la Iglesia de finales de la Edad media (cap.6). Estos capítulos analizan su materia específica bajo el tamiz de una misma estructura, según la cual se recorren estos aspectos: desarrollo histórico, análisis social y teológico, descripción de la Iglesia del período reseñado, principios para una eclesiología histórica.

El primer capítulo está dedicado al problema del método en eclesiología y está al servicio de ilustrar la naturaleza de este proyecto de «eclesiología histórica». Haight había expuesto buena parte de estos materiales en sus excelentes artículos [cf. R. HAIGHT, *Historical Ecclesiology. An Essay on Method in the Study of the Church: Science et Esprit* 39/1 (1987) 27-46; *Historical Ecclesiology. Axioms following an Historical-Theological Method: Science et Esprit* 39/3 (1987) 345-374]. Allí había reflexionado sobre el objeto (la Iglesia empírica) y el método de la eclesiología (histórico, sociológico, teológico, apologético), sobre sus fuentes (Escritura, historia de la Iglesia, doctrinas confesionales, experiencia histórica). La mayor novedad respecto a aquellos estudios precedentes tiene que ver con esa delimitación de una eclesiología desde abajo y una eclesiología desde arriba, cuya principal distinción radica en el reconocimiento de la importancia del contexto histórico para una reflexión sistemática sobre la Iglesia. Pienso que el autor hubiera encontrado un buen punto de apoyo para esta perspectiva en la reflexión metodológica de S. Dianich (*Ecclesiologia. Questioni di metodo e una proposta*, 1993), a quien cabe el mérito de haber hecho una importante aportación en este ámbito.

Seguramente la mejor eclesiología sería una historia de la Iglesia. Y ésta es una tarea realmente ingente, que requiere unos conocimientos históricos muy amplios; este carácter inabarcable de la materia hace difícil conseguir una síntesis en obras de dimensiones asequibles y manejables. Desde aquí se pueden evaluar los méritos y los límites de este trabajo que presentamos. Este ensayo está movido por la intención de mostrar la lógica de cambio y de adaptación continua como dimensión esencial de la Iglesia desde su condición de comunidad histórica. A través de esa permanente negociación de identidad, la eclesiología histórica debe mostrar y reconocer aquellos factores de identidad permanente a lo largo de los siglos. Cada capítulo se cierra, en consecuencia, con una reflexión que trata de extraer y destilar los «principios para una eclesiología histórica». En conexión con este objetivo, este estudio (cf. p.8) debe poner las bases que permitan construir una eclesiología sistemática. El autor pretende, además, que esta eclesiología *desde abajo*, con su estudio genético del movimiento cristiano, con su análisis de la dinámica social y de los procesos evolutivos y del perma-

nente cambio eclesial, pueda tener alcance ecuménico y pueda ser leído por cualquier cristiano, independientemente de su tradición confesional. Todos estos objetivos están suficientemente conseguidos.

A mi juicio, el límite y la debilidad de este ensayo está en su base documental y en las fuentes que utiliza. El autor es honesto y reconoce: «las principales fuentes de este trabajo están en estudios históricos, es decir, historias de la Iglesia y de diversas instituciones eclesiales y las obras de los mejores historiadores de la Iglesia que son relevantes para la eclesiología junto con fuentes secundarias analizando sus obras» (p.10, p.3-4). Uno echa en falta, por ejemplo, una mayor utilización de las obras clásicas de Congar, verdadero arsenal de datos. A la postre, el teólogo sistemático está mucho más presente que el historiador de la teología y de la eclesiología. La debilidad de las fuentes se hace palpable, por ejemplo, en el capítulo dedicado a la crisis conciliar de finales de la Edad Media, donde se comienza reconociendo que «una eclesiología desde abajo debe considerar el fenómeno del conciliarismo como un movimiento histórico mayor en la vida de la Iglesia» (p.346). Desde el estado actual de la investigación sobre la historia de la eclesiología hoy se puede afirmar mucho más: en la disputa entre el papalismo y el conciliarismo, entreverada con la controversia suscitada por el husitismo, ha nacido *sensu stricto* el tratado separado sobre la Iglesia. Ya lo había indicado Y. Congar, pero los estudios de A. Black, W. Krämer, G. Alberigo, E. Meuthen, H. J. Sieben, J. Helmuth, entre otros, han venido a corroborar estos resultados. Es llamativo que la biografía se concentre en las obras de B. Tierney (*Foundations of the Conciliar Theory: The Contribution of the Medieval Canonists from Gratian to the Great Schism*), que es de 1955, o de F. Oackley (*Council over Pope? Towards a Provisional Ecclesiology*), que es de 1969. Desde entonces la bibliografía se ha hecho inabarcable, y las claves interpretativas de Tierney han sido corregidas, superadas y ampliadas en todos los sentidos. No sólo se echan en falta estos datos fundamentales ya adquiridos para el estudio y la interpretación del fenómeno del conciliarismo desde el cisma de 1378 hasta el concilio de Basilea (1431-1449), sus repercusiones en la elaboración sistemática de una eclesiología católica. También se advierte esta misma laguna en la parte correspondiente al análisis social, pues ignora radicalmente el complejo movimiento social y revolucionario del husitismo, una problemática que planteaba serios problemas a la unidad política del imperio de Segismundo y que estuvo muy presente en el desenlace de los concilios de Constanza y Basilea. Supongo que el exegeta de profesión no se sentirá cómodo con los datos bíblicos ofrecidos en el capítulo segundo. Otros, bajo la orientación de la aplicación de las ciencias sociales al Nuevo Testamento, apreciarán el esfuerzo notable por integrar los datos de los estudios de M. Hengel, de W. A. Meeks, de G. Theissen, de J. H. Elliot, de R. E. Brown, de M. Y. MacDonald. El medievalista encontrará lagunas acerca del significado histórico y eclesial de la reforma gregoriana, con el nacimiento de una eclesiología universalista que va a sepultar el entramado y las estructuras de la comunión del primer milenio.

Como ya se ha dicho, la gran dificultad de una eclesiología histórica es lo inabarcable del objeto de estudio. Basta hojear una historia breve de los concilios o los estudios sobre la historia de las ideas eclesiológicas de Y. Congar y de A. Antón. Ello excusa los límites de ese ensayo. Efectivamente, una obra de síntesis tiene que prescindir de muchos detalles y matices. Sólo así se gana en claridad. Ahora bien, el precio pagado de datos relegados al silencio puede resultar excesivamente elevado.—S. MADRIGAL.